

EL MARXISMO Y LA FORMACIÓN DE UN SUJETO REVOLUCIONARIO TRANSFORMADOR

"Sujetos Transformadores: una Aproximación Marxista desde Colombia de las Luchas Sociopolíticas Actuales en América Latina".
(Versión preliminar)

Por Jaime Caycedo Turriago ¹

La raíz de todo sujeto histórico está en la lucha de clases. Pero el sujeto mismo no es reductible a la clase en todos los momentos del devenir. De hecho un sujeto puede unir o amalgamar varias clases, capas y grupos sociales. No remite, por tanto, sólo a una teoría de las clases sociales y de sus confrontaciones. La configuración de un sujeto sociotransformador pasa no sólo por las estructuras sino por la historia real.

El sujeto revolucionario potencial emerge de las condiciones de existencia materiales, que el régimen capitalista crea como una necesidad de su propio desarrollo, pero sólo deviene sujeto eficaz, realmente revolucionario y transformador, cuando su conciencia política está plenamente constituida para alcanzar y ejercer la hegemonía y concluir la realización de su proyecto histórico. Esta maduración del sujeto no es, en forma alguna, espontánea. Es el resultado de la lucha social de clases, de la "comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico". Es una síntesis de conocimiento y acción, de acción guiada por el conocimiento.

En otras palabras, de la acumulación de las fuerzas propias tendientes a la unidad; de la acumulación de contingentes provenientes de otras clases y capas sociales que "se adhieren" y pasan a ser parte del sujeto; y de la calificación de los factores subjetivos, es decir, de la acumulación y sistematización de la teoría y de la experiencia en la lucha política por un colectivo humano que domina los medios, pacíficos y no pacíficos, de acceder al poder "mediante la conquista de la democracia" en su propio ambiente nacional, derrocando a su propia burguesía, como parte de un proceso internacional, globalista podríamos decir hoy, de cambio y transformación mundiales.

Este proceso de formación y maduración del sujeto lo convierte en la fuerza del cambio, la corriente histórica de la transformación social, dirigida por una conciencia de su función que mira adelante, por encima de las barreras nacionales, y se esfuerza por representar los intereses del movimiento en su conjunto, en todos los momentos o fases de la lucha por la emancipación social.

¹ Caycedo Turriago, Jaime, Antropólogo, MSC en Análisis Político y Económico y Relaciones Internacionales, Doctor en Ciencias Filosóficas. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

Por eso , el sujeto transformador asume, en la historia de las revoluciones del siglo XX, las tareas de la liberación nacional frente al globalismo colonialista y al imperialismo, junto con las tareas de clase y las de la democracia. No siempre el objetivo democrático logró su desarrollo pleno en el socialismo histórico. En la experiencia real sufrió graves distorsiones, en su conjugación con la defensa y permanencia de las revoluciones (en los casos en que las hubo) y de las conquistas sociales avanzadas.

Las vicisitudes históricas del sujeto en la vivencia del “socialismo histórico”, muestran una separación entre objetivos sociales transformadores mucho más exigentes y el desenvolvimiento del poder burocrático y desligado de la fase social que esos mismos cambios habían hecho surgir. El sujeto “aprendiz de brujo” no logra conjurar las fuerzas sociales que ha desencadenado, las expectativas que la nueva sociedad ha creado, el nivel cultural más elevado que la experiencia social puso en marcha, muchas veces sin las motivaciones ideológicas y los referentes éticos capaces de fundar liderazgo político y moral duradero por su solidez.

La deslegitimación del sujeto transformador que pierde sus referentes, desbordado por las nuevas necesidades y requerimientos que la sociedad ha engendrado es, sin duda, una de las razones del derrumbe del “socialismo real”. Su crisis, en los casos específicos de la URSS y de Europa Oriental, no pudo ser resuelta por la vía de la reestructuración del socialismo, carente de una sólida sustentación teórica y débil en la lucha ideológica, frente a los enemigos siempre vivaces de la enajenación redescubierta: el anticomunismo como “destino manifiesto”, el “mundo libre” como alianza de todos los oportunismos mundiales, la disgregación – sin dolientes - de los aparatos hegemónicos del socialismo histórico, la desaparición del poder revolucionario.

La maduración del sujeto revolucionario en las condiciones de la globalización actual, en el período post-bipolar, bajo la hegemonía capitalista de orientación neoliberal, no puede suceder bajo las formas de la historia clásica. Los procesos de reestructuración capitalista, aproximan los enfoques de la realidad actual al mundo global visionado por Marx y, a la vez, la alejan de las experiencias concretas que ejemplificó con su extraordinaria capacidad teórica. Esto es muy importante para pensar el presente. Por eso, bien cabe la pregunta: ¿En qué momento vivimos? ¿En qué momento de la construcción del sujeto transformador nos hallamos?

PARA UNA REFERENCIA AL MOMENTO ACTUAL

La formación de una conciencia acerca de la unidad del pueblo frente a sus opresores, por encima de los prejuicios y las trampas que la sociedad burguesa interpone para dividir, atraviesa laberintos intrincados y accede a mesetas imprevistas según las condiciones básicas de partida, el desenvolvimiento “natural” de la lucha de clases y la concepción estratégica que ponen en juego los sujetos sociopolíticos y culturales.

Las ideas de la emancipación en condiciones complejas resultan ser, necesariamente, complejas. Ante todo, porque la razón de la complejidad está en la estructura misma de la totalidad social. Dicho de otra forma, también es complejo para los dominadores ejercer su dominación. Solo pueden “simplificar” sus procedimientos con dosis acrecentadas de violencia, represión, y/o perfidia ideológica mediática para desnaturalizar y enmascarar – con trajes y máscaras prefabricados a la medida – los argumentos y la razón de quienes luchan por la emancipación.

La acción de los dominadores y del Estado en torno a la llamada “amenaza terrorista”, esto es, la guerra preventiva antiterrorista como política permanente de la actual globalización asume para América Latina, desde el imperialismo, las características de una recolonización, con todos los ingredientes atribuibles a este

concepto. Esta acumulación de ventajas unilaterales a la dominación transnacionalizada del gran capital incluye componentes geopolíticos evidentes y, además, formas de intervencionismo político-militar – no menos graves por presentarse camufladas – junto con una avalancha de recursos de agresión mediática. Esta verdadera “guerra colonial”, de la globalización y desde ella, impone al conocimiento científico y a la intuición de los dominados dos requisitos: a. El de concebir su proyecto contrahegemónico con el enfoque de un cambio transformador radical y completo de las actuales condiciones de existencia; b. El de trabajar por reunir, en un haz de voluntades, las fuerzas de la resistencia y los factores del cambio político transformador como vía de emancipación. Un elemento que corre en ayuda de este proyecto es la experiencia, propia y compartida, en el campo de los rasgos culturales comunes a las sociedades latinoamericanas y a la extraordinaria creatividad combativa de sus pueblos.

La experiencia de Colombia puede ilustrar la complejidad, de y en la que empiezan a formarse estas experiencias. Confrontado a la maniobra de una reelección presidencial, impuesta como una especie de “golpe de Estado” desde el poder, el pueblo colombiano pone en demostración los acervos disponibles para resistir y avanzar en la transformación estratégica de sus condiciones de lucha.

Afirmamos que la formación de una conciencia de la emancipación como conciencia revolucionaria en Colombia se ha desenvuelto históricamente en confrontación con formas de modernización de esencia conservadurista y autocrática, guiadas desde el Estado de clase y sus aparatos ideológicos, que han mostrado la tendencia a excluir del campo de las manifestaciones ideopolíticas toleradas las creaciones provenientes de la experiencia popular y del sincretismo de las mismas con las experiencias latinoamericanas, revolucionarias y progresistas. La creación de una superestructura virtual, soportada en el autoritarismo militarista y mediático que impregna todas las instancias del Estado y se vierte sobre la sociedad civil, encubre apenas la alianza histórica de la vieja oligarquía decimonónica y el imperialismo estadounidense con su proyección geopolítica de control continental. Los principales factores y, a la vez, soportes de la conciencia de la emancipación son los sujetos antisistémicos de la formación sociohistórica colombiana cuya práctica política ha creado las bases de los saberes para avanzar en el actuar transformador. Estos sujetos antisistémicos, que se manifiestan en todas las variadas expresiones del movimiento popular colombiano, desde la lucha de masas por las libertades y derechos fundamentales, hasta la lucha armada revolucionaria, han contribuido – quién más, quién menos, en distintos momentos – a la formación de una pedagogía y una experiencia de la unidad que ha permitido abrir horizontes y perspectivas ciertas a la lucha por la emancipación.

En esta primera aproximación a este tema examinaremos, en primer término, las condiciones impuestas por el poder dominante dirigidas a forzar el predominio de un pensamiento único desde el Estado y el sistema mediático. En un segundo momento trataremos de sintetizar la historia de las experiencias conducentes a la unidad popular como condición y vía de las prácticas emancipatorias en el caso colombiano.

RÉGIMEN POLÍTICO Y LUCHA POR LA EMANCIPACIÓN

El régimen político colombiano ha variado poco en el último largo medio siglo. En su formación histórica cumplió un papel demarcado el viraje reaccionario del imperialismo hacia la *guerra fría* y su secuela de militarización, *macartismo*, destrucción de los derechos y libertades de los trabajadores y los ciudadanos, e impulso de diferentes variantes de la *guerra preventiva*, entendida como un factor de contención de la rebeldía popular, que había estallado como presencia

trascendental, aunque caótica, de la multitud en la protesta por el magnicidio del 9 de abril de 1948 y en el auge significativo de la resistencia armada campesina.

El estallido político y social, acallado mediante la represión violenta y las masacres de Estado, en los días y semanas que siguieron, a pesar de no haber encontrado, en su momento, el cauce de una dirección política eficaz y revolucionaria, no impactó menos la sociedad en su conjunto, no dejó de convertirse en un referente histórico obligado de la vida nacional. Particularmente, no dejó de constituir un punto muy alto de la confrontación de clase, entendida ésta en el sentido más amplio, como enfrentamiento entre el sentimiento popular de ampliar el espacio de las libertades, de rechazar su cercenamiento sostenido, de encontrar un campo de participación en la búsqueda de vías para la justicia social, destruida en la figura sacrificada del *líder* y en la política de *sangre y fuego* que luego habrá de consagrarse como esencia de los gobiernos conservadores de aquel período (1946 – 1953); y la lucha popular contra la violencia de Estado, la represión generalizada antipopular y el enfrentamiento interpartidista liberal-conservador, relanzado como instrumento de la derechización del Estado en el ambiente de servilismo hacia la política anticomunista y antisoviética de los Estados Unidos. El golpe militar de 1953 (1953 – 1957) aparentó separarse de esa línea, pero pronto mostró su seguidismo.

El Frente Nacional (1958 – 1974) y los gobiernos posteriores a su terminación (1974 – 1991) prosiguieron la tensa y pertinaz batalla por *derechizar el Estado y el régimen político*, en contravía del interés de crecientes fuerzas sociales y corrientes populares de la sociedad, traduce la tendencia secular de la gran burguesía dependiente del imperio y de los grupos financieros colombianos. Esta tendencia a una pretendida *modernización autoritaria*, en permanente asíntota con los modelos emparentados con el fascismo, sobre todo por su recurso a la violencia de Estado – abierta o encubierta, según las circunstancias – y su “domesticación” bajo los recetarios del Conflicto de Baja Intensidad, CBI, como forma de la guerra preventiva, constituye, en cierto modo, a una creación original de la gran burguesía colombiana. La dictadura encubierta, pertrechada de todos los pretextos legales para aparentar una legitimidad mientras los seres humanos, titulares de los derechos que les otorga una supuesta ciudadanía, son muertos, torturados, desaparecidos, refugiados interna y externamente, frente a una mirada entre tímida, cómplice o, simplemente, hipócrita, de la llamada Comunidad internacional, es indicativa de las formas de democracia restringida que el imperialismo valida.

La reforma constitucional de 1991 fue un ensayo de reglamentar los medios represivos sin desmontar el tutelaje militarista sobre la sociedad y el Estado. El esfuerzo por instituir nuevas libertades y derechos (derecho de amparo, algunas modalidades de acciones afirmativas, consultas populares, revocatoria del mandato de algunos elegidos, elección popular de alcaldes y gobernadores, etc.) no modificó el esquema de la tradición dominante en el ejercicio del poder. A la vieja práctica del *estado de sitio permanente* se sustituyó el intento de hacer regir el *estado de excepción* hasta sus límites extremos y, ante el fracaso de estas medidas, intentar introducir leyes antiterroristas, el modelo estadounidense de *justicia acusatoria*, la extradición de nacionales a Estados Unidos, la judicialización de la protesta social, la eliminación del delito político, su tránsito a “sedición” para otorgarle status político a los terroristas paramilitares. El esquema que orienta las prácticas de la dominación de clase permanece y se convierte en una herramienta perversa de nuevas funciones que termina auto asignándose el poder. Así, por ejemplo, el modelo neoliberal se impuso desde adentro del Estado, como un asalto grotesco para desvertebrar lo público, sin consideración ninguna por las consecuencias que acarrearán las privatizaciones como otra forma de desnacionalización del Estado y fragilización de su autodeterminación política y económica.

Como resultado, los pocos o muchos avances democráticos de la Constitución de 1991 se han ido reversando, han dado paso a formas que desnaturalizan y restringen los derechos, y condicionan las libertades. Lo que no se logra contrarreformar, se desconoce de facto mientras el poder consigue las mayorías parlamentarias sumisas que le permiten crear nuevas figuras constitucionales. Es el caso de la reelección presidencial inmediata del presidente en ejercicio que contó, a finales de 2005, con la aprobación de una Corte Constitucional alineada mayoritariamente con el poder ejecutivo.

Tal estado de cosas solo puede ser transformado con la intervención popular y el cambio político democrático. El viraje que Álvaro Uribe intenta introducir en el régimen político colombiano mira al pasado. Si el capitalismo colombiano se afianzó en el medio siglo XX - con sus características propias de *dependencia estructural y geopolítica frente al imperialismo* – en medio del desangre nacional de la violencia y la antidemocracia, Uribe intenta repetir esta historia justo cuando resuenan nuevos clarines de autodeterminación, antiimperialismo y lucha de los pueblos, y el imperio muestra sus debilidades de cara a América Latina.

La comedia actual no es que el régimen político colombiano logre arrastrar mayorías ciegas, insensibles o “embruajadas”. Lo nuevo de la realidad son dos aspectos indisolubles: por un lado, si en el pasado los enviones autoritarios encendían las hogueras de la guerras civiles (Guerra de los Mil Días o las resistencias campesinas armadas en la segunda mitad del siglo XX) ahora el viraje a la ultra derecha se intenta en medio de la guerra, esto es, lejos de la conciliación o la solución política, más en el contexto de la solución militar. Uribe porfía, como quien trata de colocar un pararrayos en medio de una tormenta. Piensa que el amo imperial sostendrá indefinidamente sus propósitos. Y, sobre todo, sobrestima el alcance de su paternalismo demagógico y militarista – sin resultados para las mayorías populares – como soporte de su proyecto. Por otro lado, el aprendizaje que muchos sectores están haciendo de las experiencias modeladas por la historia nacional. Especialmente, el aprendizaje y las expectativas renovadoras que la unidad despierta en amplios espacios populares. Expectativas alimentadas por el entorno latinoamericano, sobre todo en cuanto envuelven opciones reales de cambio que, en todo caso, muchos asocian a las posibilidades reales de acceso popular (y plebeyo) al poder político. La dupla de Próspero y Ariel está rota. Calibán asume las riendas del Estado en varios países del continente.

EXPERIENCIAS Y FORMACIÓN DE SABERES.

¿Cuáles son las enseñanzas que las experiencias traducen como favorables a la emancipación, en el caso colombiano?

La modernización conservadurista y autocrática apuntó siempre a destruir las tradiciones revolucionario-democráticas que construyeron la conciencia y los mitos de la nación y el Estado: la de la rebelión Comunera, de 1781; la de la guerra revolucionaria anticolonialista 1816 – 1824; la de la guerra artesana, de Bogotá, 1854; las rebeliones contra la esclavitud y el “perrero”, en el suroccidente, como parte de las rebeliones del Medio siglo XIX; el contenido agraristas, nacionalista y democrático que afloró en episodios cruciales de los Mil Días y la separación de Panamá; la emergencia del movimiento obrero y sus luchas en el siglo XX; las resistencias armadas campesinas contra la Violencia 1948 – 1962; la lucha armada revolucionaria contemporánea 1962, hasta el presente.

También enfocó demoler el edificio republicanista, civilista y laico, heredado de la guerra revolucionaria de la independencia para reemplazarlo por una visión

idealista de la construcción social y de la legitimidad con base en la normatividad jurídica, en una sociedad dominada por latifundistas-comerciantes, que hicieron del mantenimiento de relaciones semi-serviles de la fuerza de trabajo y del ejercicio del poder político fuentes complementarias de acumulación. Cuando se instituye el proceso de la llamada Regeneración, con la Constitución de 1886 que rigió casi un siglo, la proto burguesía de hacendados comerciantes descubre en la centralización del poder del Estado y el sometimiento regional una herramienta más eficaz para la acumulación y las negociaciones en el complejo sistema mundial interestatal, con dominante estadounidense, que se perfilaba en el vecindario, con los ojos puestos en la división de Colombia y el control geopolítico del istmo panameño.

El cosmopolitismo de la globalización contemporánea con su montaje mediático ha venido a reemplazar, en el proyecto ideológico dominante, la *influencia transnacional* que la iglesia católica cubrió, particularmente con la instauración del Concordato entre Colombia y el Vaticano, vigente hasta la década de los años 70 del siglo XX. Esta influencia, sobre todo en el aparato educativo y en las denominadas *misiones* que influyeron en la aculturación forzada de las sociedades indígenas, trasladó a importantes sectores sociales policlasistas el decadente pensamiento conservadurista religioso europeo de finales del XIX, intransigente y sectario, pero, a la vez, paternalista y propiciador del "buen obrero".

El cosmopolitismo que ensalza una visión unilateral del progreso, en la lógica del desarrollo económico en tanto consolidación de relaciones de explotación del trabajo al menor costo y que ve en la sociedad de consumo estadounidense el modelo de vida buena a perseguir, sin duda representa una forma dominante de la conciencia social. Según su lógica, el destino de cada quien está predeterminado entre ganadores y perdedores, el éxito a cualquier costo es bendecido por el aprecio social y el logro de dinero en abundancia borra cualquier pecado o culpa, aunque no asegura la vida, a veces efímera, de los afortunados. El manejo del Estado y la política están reservados para las clases superiores y, en teoría, no interviene en el devenir de cada uno. Esta percepción del poder, desde sectores populares, tiene un amplio espectro de tolerancia mientras el Estado no entre a perjudicar las opciones de sobrevivencia de la gente. Las nociones de derechos sociales, de reclamación, de reivindicación, de sindicalización, son vistas como hechos subversivos o, en todo caso, sospechosos.

En este contexto, el ámbito de lo alternativo, lo crítico, lo revolucionario, tiende a ser visto como algo extraño o bizarro. La experiencia del exterminio físico de dirigentes de la Unión Patriótica, UP, y del Partido Comunista, PCC, del sindicalismo y, en general, de la oposición de izquierda, se observa como algo "natural" en la lógica del sistema. La reprobación a los crímenes, el rechazo a la pretensión de liquidar las ideas, por esa vía, se expresa de muchas maneras, incluidas manifestaciones psico-sociales de carácter patológico. Lo que no impide que sentimientos de pánico o terror, socialmente interiorizados, obren como frenos al quehacer libre y al libre derecho a opinar y actuar. El efecto ideológico del terrorismo cotidiano, repetido, amparado por la impunidad y por la autoridad del Estado, cumple su cometido.

La idea de que los oprimidos se unan por sus intereses y sus derechos sociales, culturales, de género y políticos es una constante de la modernidad occidental. Influyó, en las formas de la unidad nacional contra el colonialismo desde finales del siglo XVIII y estuvo, desde entonces, en las raíces del Estado nación como una herramienta de la expansión de la formación social capitalista a nivel global. Los procesos de liberación nacional y sus formas de unidad ganaron nuevos contenidos de clase bajo el efecto de las revoluciones obreras del siglo XX. Las fuerzas sociales esenciales de la revolución democrática, de lo que denominó Lenin la época del imperialismo, ocuparon un lugar central en el desarrollo de los

movimientos de liberación en los espacios del Tercer mundo. Los campesinos y trabajadores rurales, los desempleados y sectores pobres urbanos, las capas medias populares y crecientes corrientes de la intelectualidad cumplieron un papel destacado en procesos transformadores e hicieron parte de frentes amplios de convergencia que asumieron el poder en sus países desde la segunda mitad del siglo XX.

La agregación de fuerzas que deshace dispersiones y crea instrumentos para soldar coincidencias, solidaridades, identificar objetivos comunes, vencer diferencias o convivir con ellas con base en destacar aquello que unifica no es, sin embargo, una técnica simple. Es parte del *arte de la política*, como esta última se ha definido desde Maquiavelo a Lenin. Hace parte de la formación de nuevos sujetos, en dependencia de las tareas históricas planteadas a los pueblos, cuya realización y desenlace eficaz está en relación directa con la fortaleza cuantitativa y cualitativa del proceso unitario, con su decisión y clarividencia al asumir los retos a los que aspira responder y del acierto de los pasos prácticos que emprende para su desempeño táctico.

A mediados de los años ochenta numerosos debates apuntaron a la discusión acerca de la unidad estratégica revolucionaria y destacaron la importancia de la categoría de *vanguardia*, asumida desde sus determinaciones políticas. Los debates de entonces alimentaron opciones de alcance significativo, como en los casos centroamericanos: Nicaragua, El Salvador, en otra medida Guatemala. Era claro, sin embargo, que no todos los procesos tomaban como punto de arrancada las premisas de la situación centroamericana, largamente asediada por las ambiciones estratégicas de los Estados Unidos. La tesis de la *vanguardia colectiva* desplegó su alcance y su enseñanza en las condiciones que pudieron fructificar. La crisis del socialismo revocó los puntos de arribo de estas discusiones y puso en un nuevo terreno la relación de fuerzas. Las circunstancias de entonces conllevaron repliegues y divisiones, una nueva diáspora de la que sacaron ventaja el posibilismo, el oportunismo y, en general, las posiciones de conciliación con los regímenes de clase en su nueva postura neoliberal.

En Colombia, los acercamientos entre los movimientos guerrilleros que conformaron la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar a inicios de los años noventa no tuvieron nuevos desarrollos. Las fuerzas principales, las FARC y el ELN, mantienen un contacto ocasional que no ha conseguido avanzar en una perspectiva de largo alcance, pero que ha logrado experiencias de cooperación en varias regiones.

La desmovilización de algunos sectores del movimiento armado, a comienzos de los años noventa alimentó la formación de una *franja intermedia de corrientes políticas* que, en la alternativa entre reafirmarse en la izquierda y conciliar, terminó aceptando las condiciones especiales de una reinserción en el seno del establecimiento. Un mérito de dicha franja ha sido su tendencia al alejamiento del bipartidismo con el que mantiene una actitud crítica, aunque coquetea con algunas de las propuestas reformistas, de inspiración neo-institucionalista socialdemócrata. El deslizamiento de dirigentes de la izquierda hacia la franja intermedia no cerró totalmente las puertas a las coincidencias. Como una respuesta a este fenómeno socio-ideológico, en otros espacios de la lucha popular se reafirmó el papel y la responsabilidad de las fuerzas más decididas y comprometidas de la izquierda en el empeño de la unidad, como la probabilidad de establecer un programa común y unas formas de acción y organización compatibles con los espacios de la lucha de masas, en acercamiento y unidad de acción con los movimientos sociales, particularmente desde las iniciativas de lucha común del movimiento obrero.

La lucha frente al terrorismo de Estado característico del régimen político trajo para la izquierda colombiana el aprendizaje del significado de los derechos humanos como medio de la resistencia popular y la ampliación de las movilizaciones por las libertades públicas, continuamente puestas en entredicho por el poder. Un importante movimiento por la defensa de los derechos humanos se extendió desde 1980, el que ha adquirido cobertura y credibilidad en el país. El ataque a las libertades ha tomado el ropaje de la acción anti terrorista y anti subversiva desde mucho antes del 11 de septiembre de 2001. El régimen político colombiano se ha caracterizado por considerar las libertades y garantías democráticas como un marco excesivamente tolerante donde prosperan, en ausencia de una mano fuerte y de medidas legales consecuentes, los saboteadores del orden.

El estado de sitio permanente fue una constante durante los últimos cincuenta años del siglo XX. Las clases dominantes colombianas no se atreven a romper el pacto republicano que exige la vigencia de los derechos fundamentales. Pero los reglamentan, los circunscriben de condicionalidades, hasta modificar su alcance y contenidos. Tanto el viejo estado de sitio como el intento de Álvaro Uribe de implantar un estatuto antiterrorista, declarado inconstitucional por la Corte, tienen la misma inspiración: recortar hasta negar las libertades, acudiendo al gran pretexto anti subversivo.

El Estado contrainsurgente construyó, con la asesoría estadounidense, el montaje básico del paramilitarismo. Las violaciones de los derechos humanos que hasta finales de los ochenta eran imputables a la fuerza pública han ido desplazándose hacia el paramilitarismo o autores desconocidos. El proceso de legitimación y negociación con los paramilitares, emprendido por el gobierno Uribe en Santa Fe de Ralito, departamento de Córdoba, desde 2002, ha puesto de bulto las medidas de impunidad, testaferrato y expropiación a favor de criminales de lesa humanidad, algunos de los cuales han empezado a recobrar la libertad al entrar en vigencia, en diciembre de 2005, el decreto reglamentario de la llamada Ley de Justicia y Paz. En respuesta ha surgido un movimiento de víctimas sobrevivientes del terrorismo del Estado, que ha asumido la lucha común con los preexistentes de desaparecidos, presos políticos y refugiados internos, denominados desplazados, que representan una de las mayores cifras a nivel mundial. Este movimiento levanta la bandera del reconocimiento, la memoria, el establecimiento de la verdad, la reparación y la justicia.

En este mismo marco, que tiene que ver con las libertades, los derechos humanos, la organización de las víctimas sobrevivientes y los desplazados se ha mantenido y consolidado un *movimiento por la paz, la solución política negociada del conflicto y los acuerdos humanitarios*. La importancia de la Asamblea Permanente de la Sociedad Civil por la Paz está en los encuentros realizados pero también en sostener una red de relaciones sociopolíticas y culturales muy amplias y constantes. Y en el respaldo que aporta a los contactos dirigidos a relanzar los contactos para el diálogo.

A su vez, un conjunto de corrientes apoyan la idea de acuerdos humanitarios inmediatos, que alivien las duras consecuencias del conflicto armado y permitan el intercambio humanitario de rehenes y presos políticos. Varios países europeos, entre los cuales Francia y Suiza, insisten en apoyar este propósito, que cuenta con creciente simpatía en la opinión.

En resumen, lo que queremos mostrar es que una cultura política democrática se ha ido configurando con la acumulación de experiencias de resistencia, lucha social, movilizaciones de masas, gestiones parlamentarias, debates jurídicos, etc., que han puesto en acción movimientos que se agregan a la lucha por la democracia y por los derechos de los trabajadores y todos los sectores segregados, perseguidos o discriminados. ¿Cómo poner en convergencia la diversidad de objetivos

democráticos, de reivindicaciones justas, de experiencias con las nuevas expresiones de la inconformidad que se están formando? Nuevas experiencias han surgido que debemos examinar.

LAS EXPERIENCIAS MÁS RECIENTES.

El 25 de octubre de 2003 el proyecto de referendo sometido al voto fue derrotado por no alcanzar el piso que la Constitución establece para ese tipo de consultas. Eso no fue todo. Al día siguiente, en las elecciones locales, candidatos independientes, apoyados por la izquierda, ganaron la alcaldía de Bogotá y la gobernación del departamento del Valle del Cauca. Los resultados electorales, en general, fueron adversos a Uribe. ¿Cómo se explica esta circunstancia en el caso de un presidente que las encuestas mantienen en la cumbre de las preferencias y que puso todo el aparato del gobierno para defender su referendo? Desde la segunda mitad de 2002 el Frente Social y Político lideró una propuesta de resistencia a dicho proyecto. A comienzos de 2003, el Comando Nacional Unitario de las centrales obreras CUT, CTC, CGT y la Confederación Nacional de pensionados asumieron el impulso a lo que en adelante se ha llamado la Gran Coalición Democrática, GCD.

El intenso debate social tuvo efectos evidentes en el resultado del referendo. Pero el asunto no termina aquí. La GCD ha estimulado la movilización popular contra el TLC y el ALCA, y apoyado las movilizaciones indígenas de septiembre de 2004. Respaldó, ese mismo año, la huelga nacional petrolera contra la privatización de ECOPETROL. Ha adelantado un esfuerzo por la realización de cumbres políticas de convergencia, reunido sectores de la oposición y saludado la unidad de la izquierda.

Lo importante que se advierte en estos pasos es la tendencia en las movilizaciones de masas a ganar protagonismo y a divulgar objetivos en contra del proyecto y de la reelección de Álvaro Uribe. Sin tener la combatividad de los fenómenos ecuatoriano o boliviano la tendencia evoluciona hacia una mayor politización, a una mayor conciencia en las protestas y en la perspectiva incidir en los procesos que ponen en juego el dominio del poder, las elecciones parlamentarias y presidenciales, y la elevación continua del despliegue popular.

El estilo de gobierno de la derecha activa y a la ofensiva, incluyendo sus recursos armados ilegales, no admite ninguna forma de concertación o acuerdo. En el nivel actual, la conciencia popular empieza a comprender que sin un cambio político que rompa la actual orientación del poder ninguna conquista es posible o perdurable. Pero comienza a ver, en la vitrina latinoamericana, que ese cambio político es posible y que puede empezar por conquistar un gobierno democrático que se identifique con el interés popular.

Aquello que en otros tiempos se manifestaba como excepcional, comienza a generar una nueva regla ¿Por qué no experimentarla?

LOS ANTECEDENTES DE LA UNIDAD.

La izquierda colombiana tiene ya una larga historia en los intentos por avanzar en unidad de acción política. No siempre su accionar ha asumido lo que sus críticos exponen como su estereotipo prefabricado: un conjunto de grupillos que se pelean entre sí, alejados del sentir y de la lucha del pueblo. No es correcto seguir sosteniendo esta manera de mirar una historia mucho más rica².

² Ver, por ejemplo, López de la Roche, Fabio, "Izquierdas y Cultura Política" con subtítulo ¿Oposición Alternativa?, Cinep, Bogotá, 1994. López, como otros intelectuales, pretende atribuir a la lucha armada y a la combinación de las formas de lucha el carácter de ser un freno al desarrollo de una izquierda de inspiración

Podemos intentar organizar los principales esfuerzos y sus respectivas características que permiten observar sus tendencias evolutivas.

- Existió un primer esquema que obedece más a una experiencia de adhesión a un gobierno reformista, en el período en que en Europa se forman los frentes populares antifascistas. El joven partido comunista que asume esa experiencia experimentará, al despuntar la segunda posguerra, la influencia del enfoque browderista en su dirección. Sin embargo, más allá de esta sola circunstancia, no solo los comunistas sino otros sectores de izquierda siguieron (¿y siguen?) mirando al partido liberal como un partido afín, con el que seguirían siendo convenientes toda clase de alianzas. No toman en cuenta las realidades que cambiaron en los últimos sesenta años.

Tras una nueva alianza con la izquierda liberal, en este caso el movimiento revolucionario liberal, MRL, de Alfonso López Michelsen, en 1962, en los albores del Frente Nacional, y luego de la reincorporación de éste al partido liberal, sobre viene la primera experiencia en que actúa la *izquierda como núcleo de unidad democrática independiente del bipartidismo*. Se trata de la Unión Nacional de Oposición, UNO, cuya formación se inició a mediados de 1972 y tuvo una destacada presencia política con la candidatura presidencial de Hernando Echeverri Mejía, el 21 de abril de 1974. La UNO reunió, en sus mejores momentos, al partido comunista, un sector liberal vinculado a la Anapo, el movimiento amplio colombiano, MAC, y el MOIR. En un momento de ascenso popular, el proceso unitario tuvo una proyección sociopolítica en el paro cívico del 14 de septiembre de 1977, como la había tenido en la solidaridad tras el golpe fascista en Chile, en 1973. A comienzos de los ochenta renació la experiencia unitaria con el Frente Democrático y la candidatura presidencial del destacado intelectual Gerardo Molina, apoyada por el movimiento Firmes. Con sus luces y sombras estas experiencias enseñaron mucho en la vía de la propuesta de unidad desde una postura propia, que se acerca a la lucha social, la impulsa, estimula y dirige. Es un período de intensas movilizaciones sociales, paros cívicos, marchas agrarias y movimientos estudiantiles.

- Una experiencia ulterior, la de la Unión Patriótica, se forma en el contexto de un diálogo de paz entre el gobierno de Belisario Betancur (1982 – 1986) y las FARC. Con la tregua acordada entre las partes y el diálogo nacional se crea, a iniciativa de las FARC, el movimiento político que toma la forma de un acuerdo de fuerzas en el que participan, además del PCC, varios grupos, movimientos y personalidades nacionales y regionales. En su congreso constitutivo de noviembre de 1985, la UP proclamó su programa y su orientación de actuar en la lucha sociopolítica y electoral. Su resultado, en 1986, fue muy estimulante al elegir cinco senadores, nueve representantes a la Cámara, catorce diputados departamentales y trescientos cincuenta y un concejales municipales. En la primera elección popular de alcaldes logró veintitrés de estos funcionarios. La presencia de este movimiento en varias regiones agrarias despertó la alarma en el gamonalismo bipartidista. Con el pretexto de un supuesto "proselitismo armado" el militarismo y la ultraderecha desataron operaciones de exterminio físico. Pese a las inmensas y permanentes movilizaciones de masas, sobre todo campesinas y de los derechos humanos, no fue posible contener la matanza, auspiciada desde el Estado. A mediados de los noventa habían sido asesinados siete parlamentarios, trece diputados

moderada pero masiva. Toman por causa lo que, en realidad, es el efecto de una estructura sociopolítica caracterizada, sostenidamente, por formas violentas de dominación. Ver, Pizarro, Eduardo, "Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949 – 1966)", en revista Análisis Político N° 7, mayo – agosto de 1989.

departamentales, once alcaldes, sesenta y nueve concejales y alrededor de tres mil activistas y miembros de base. Esta terrible situación marcó la conciencia popular y mostró la necesidad de transformar el modelo de un régimen político que cierra las vías de su apertura y democratización.

- La reincorporación a la vida civil de varios sectores del movimiento armado, liderados por el movimiento 19 de abril, M19, llevó a un significativo protagonismo a sus principales dirigentes sobrevivientes. Un rasgo de su conducta fue, desde entonces, el alejamiento de la izquierda y su tendencia a acomodarse en los espacios que concedió el régimen bajo el gobierno de César Gaviria (1990 – 1994), especialmente la Asamblea Nacional Constituyente (1991). Los antiguos dirigentes impulsan agruparse en alianza democrática M19 como una unión del centro-izquierda, como “alternativa” a la derecha y la izquierda, en clara alusión a excluir la izquierda radical. Como ya se anotó, la actitud de esta corriente fue la de persistir en esta posición, hasta su acercamiento, en 2002, al Frente Social y Político, FSP, y la candidatura de Luís Eduardo Garzón a la presidencia. Los dirigentes de la franja intermedia, elegidos congresistas ese mismo año, conformaron el polo democrático independiente, en 2003, en una maniobra de ruptura con la izquierda.

Una experiencia como la anterior no deja como enseñanza cosa distinta a la de un juego, dañino y peligroso, en las condiciones de la ofensiva de la ultraderecha y el paramilitarismo. El nuevo milenio puso en marcha la iniciativa del Frente Social y Político como un reagrupamiento que partía desde la central unitaria de trabajadores, CUT, y de la intención del movimiento obrero sindical de cumplir un papel estimulador de la unidad política popular. Con diferentes resultados, se ha echado a andar un concepto que *concreta la unidad de la izquierda como núcleo de un proyecto de unidad mayor*, en la perspectiva de lo que hemos llamado una unidad de unidades, con un acercamiento programático de resistencia y ruptura de masas con el modelo de la globalización transnacional, el narcoparamilitarismo y el Plan Colombia – Plan Patriota que se escudan en la llamada seguridad “democrática”.

- El acuerdo AD – PDI, suscrito el 6 de diciembre de 2005, y el surgimiento del Polo Democrático Alternativo, PDA, son un paso de gran importancia para la unidad. Pese al escepticismo sesgado de los medios de comunicación del sistema y los cálculos de algunos oponentes, una unidad de acción política ha tomado cuerpo en la izquierda. Era común escuchar la premonición de que las elecciones eran un factor de división. Ahora se ha fraguado una unión en medio de un proceso electoral, con las restricciones que imponen las normas de inspiración en el neo institucionalismo patrocinado por el Banco Mundial. Este proceso de unión, que es una respuesta desde el campo democrático al proyecto de Álvaro Uribe para permanecer en el poder con su modelo de neoliberalismo paramilitarizado, es algo inédito, por la significación de las fuerzas que reagrupa, en realidad la izquierda más definida- en sus distintos matices – y los sectores que se han auto-definido como de centro-izquierda. A diferencia de otros intentos de reagrupamiento de corrientes intermedias, que excluían conscientemente a la izquierda definida y comprometida con el sentir popular, en esta ocasión tal esquema limitante y oportunista se ha roto. La izquierda a la que tanto critican el diario El Tiempo y, en general, los medios del sistema, *es un factor dinámico del nuevo proceso, sin ceder en sus principios ni en su proyecto transformador*.

Pero no es solo una propuesta electoral. Este avance traduce, en el contexto de la lucha contra el proyecto reaccionario adueñado del poder que intenta perpetuarse en él, un primer intento por disputárselo al núcleo lumpenescos de la gran burguesía, el narcoparamilitarismo y el capital transnacional, que representan el

imperialismo en el Estado colombiano. Se trata de una lucha por el poder político no a cualquier costo como en la visión pragmática y posibilista, que solo se propone administrar la crisis del modelo neoliberal y traicionar el anhelo de cambio de grandes sectores sociales, sino el poder popular para transformar la sociedad, para construir un país distinto. La consecuencia con este propósito va a depender del fortalecimiento práctico y de la coherencia política de las fuerzas más avanzadas, organizadas y dinámicas en el seno del proceso.

HACIA UNA CONCLUSIÓN.

En el recorrido que hemos intentado se han puesto de presente distintos empeños por darle a la emancipación *la forma concreta de la agregación orgánica de fuerzas del movimiento popular* que hemos incorporado como significado a la categoría de *unidad*. No hemos sido exhaustivos al respecto y pensamos que es preciso seguir interrogando las experiencias, pasadas y presentes, que son verdaderas escuelas donde se han procesado - y lo siguen haciendo - saberes emancipatorios centrados en la problemática de la unidad popular.

Algunas de estas experiencias han aportado a la formación de subjetividades nuevas, bajo la forma de nuevos movimientos sociales o de nuevos procesos de unidad social y política. Algunas de ellas se mueven en los espacios limitados que, en el sistema sociopolítico de la democracia mínima, son el resultado de la lucha popular por la libertad política. *Tales espacios, sin embargo, son auténticas conquistas de la lucha por la democracia y, por lo tanto, escenario de confrontación y promesa en perspectiva de posibilidades más amplias y abiertas de la libertad del pueblo*. Otras experiencias se han formado *externamente al sistema sociopolítico* y sobre ellas ha tenido un influjo muy fuerte la existencia de medio siglo del movimiento guerrillero. Ni unas ni otras pueden analizarse como en contraposición. Partimos de la hipótesis de un solo movimiento popular, parcelado, históricamente, por un sistema sociopolítico excluyente y violento³.

En este sentido, formulamos la hipótesis de que los sujetos antisistémicos en formación han sido, no solo organizaciones o partidos sino, principalmente, agrupamientos, reagrupamientos y convergencias sociopolíticas, que se han inscrito en el complejo de luchas estructural (de clases) característico de la sociedad colombiana.

La lucha de ideas que envuelve este complejo es la batalla contra los prejuicios, acorazados de violencia inquisitorial desde el poder. Pero es también lucha frente a prejuicios contradictorios: v. gr. el mito de la izquierda como peligro, o la izquierda ineficaz, que no sabe gobernar; o el mito de la izquierda intolerante y estalinista, y el de la izquierda incapaz, blandengue, confusa, insegura. Al mismo tiempo, la lucha de ideas sigue poniendo en el orden del día la formación de contra hegemonía y la creación de premisas para una nueva conciencia social con capacidad de pensar la sociedad humanizada, pacificada y socializada.

La visión de empeños de unidad más amplios e incluyentes, en desarrollo de experiencias sistematizadas, con asimilación de las experiencias plurales de América Latina y el mundo nos plantea la exigencia teórica de pensar la unidad de unidades y procesos como un proyecto real, como una "utopía estratégica". Solo que tenemos el deber de partir de las condiciones propias, que revelan la existencia de niveles, espacios, experiencias e historias de la lucha sociopolítica, democrática y revolucionaria, diferentes y, a la vez, convergentes en la dinámica de cambio que

³ Ver, Caycedo, Jaime, El Sujeto Histórico y su Complejidad, en Caycedo y Estrada (com.) Marx Vive, Siglo y Medio del Manifiesto Comunista ¿Superación, Vigencia o Reactualización?, Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos, Bogotá, 1999.

involucra al país formal y al país real a comienzos del siglo XXI, en un contexto continental que avanza. El tema de la democracia está en el centro del debate y el tema del socialismo apunta como la alternativa de emancipación histórica planteada a nuestros pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

Caycedo, Jaime, 1999

El Sujeto Histórico y su Complejidad, en Caycedo y Estrada (com.) Marx Vive, Siglo y Medio del Manifiesto Comunista ¿Superación, Vigencia o Reactualización?, Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos, Bogotá.

López de la Roche, Fabio, 1994

"Izquierdas y Cultura Política" con subtítulo ¿Oposición Alternativa?, Cinep, Bogotá.

Pizarro, Eduardo, 1989

"Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949 – 1966)", en revista Análisis Político N° 7, mayo – agosto.

Vásquez, Alvaro, 2003

SOLUCIÓN MILITAR Y GLOBALIZACIÓN, en Marx Vive III, Dominación, crisis y resistencias en el nuevo orden capitalista, Unibiblos UN, FDCPS.

Ortiz Palacio, Iván David, 2003

REBELDES, OPOSITORES, TERRORISTAS. CASO TIPO FARC, en Marx Vive III, Dominación, crisis y resistencias en el nuevo orden capitalista, Unibiblos UN, FDCPS.

Regalado, Roberto, 2006

AMÉRICA LATINA ENTRE DOS SIGLOS. DOMINACIÓN, CRISIS, LUCHA SOCIAL Y ALTERNATIVAS POLÍTICAS DE LA IZQUIERDA, Ocean Press, Melbourne, New York, La Habana.

Vega Cantor, Renán, 2002

GENTE MUY REBELDE, Tomo 4, Socialismo, Cultura y Protesta Popular, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá.

Mejía Pavony, Germán Rodrigo, 2000

LOS AÑOS DEL CAMBIO. HISTORIA URBANA DE BOGOTÁ 1820 – 1910, Segunda edición, Centro Editorial Javeriano, Ceja, Bogotá.

Villegas, Jorge, Yunis, José, 1978

LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS, Carlos Valencia Editores, Bogotá.

Antonioni, Bruno, 2006

"Esquisse d' une Théorie du Dépassement du Capitalismo. Le Concept "d' évolution révolutionnaire" chez Jaurès", en revista Fondations, trimestriel 1, mars 2006, Fondation Gabriel Péri, Paris.